

cia los crucifijos del escritorio, anota el nombre de sus pacientes y otorga nuevos permisos a seres que sólo buscan la supervivencia. Parafernalia del traficante. Según lo acostumbrado, mientras él resuelve quién ha de escapar, un sonido rompe el silencio nocturno. Es el bufido del tren que ya ha partido desde Ciudad Hidalgo. Una máquina de vientre generoso, cuya carga respira y suda, huronea y aguarda sobre los costillares de metal.

Cada nómada lleva un marchamo de esperanza: se hace cruces y recuerda quién facilitó su huida hacia el paraíso de los gringos. «Sólo Ximenus puede decir que al destinado se le permite escapar porque ha llegado el momento del vuelo. Que los hierros de la máquina serán su nido. Ha sido elegido de entre los del mundo del sur y Satanachia permite el paso hacia el sol del norte».

Para Ximenus, la agonía de nuestro Señor es la cabal metáfora de este perro mundo. Si un emigrante se rompe el alma mientras el tren avanza, no queda sino regresar a la parroquia y encender otra vela. Pero aunque la costumbre asegure lo contrario, el sermón no se interrumpe ni para atender al lloro de los deudos. A decir verdad, este es un vidrioso asunto. «Cualquiera sabe que en estas tierras a quien ha logrado un

seguro para los tiempos malos, y que torpemente verboso lo galañea, alguien más fuerte, y de un solo golpe, le tumba la relumbreira».

El asunto tiene más entretelas de las que sugiere un primer vistazo, y por eso esta novela agudiza otros desequilibrios que reparte el Río Grande. Tras la empalizada de un argumento bien erguido, el mexicano Ramírez Heredia ha procedido como suele: con pródigo estilo, habilidad en la recreación de ritmos y climas, sugerencias de orden coloquial y algún resquicio humorista a la hora de manipular a sus criaturas. Así lo requieren los componentes del microcosmos que ha otorgado a Ximenus, donde el ritual cotidiano, el concreto devenir social, es forzado por la compulsión de la historia, instalada en un tiempo de hambre, vergüenza y derechos incumplidos. De algún modo, entreverada en esa tirantez, hayamos una recurrencia, una ecuación fatal que se basta para explicar la sólida trama. Mejor repetir sus horrores y no darlos por sabidos: los calores hondos, el polvo de los caminos que no suelen frecuentar los patrulleros, las trampas y sus reclamos, el aire salpicado de mosquitos, las normas oficiales y una diplomacia corrupta, poliédrica y despiadada.

La invención de Costa Rica y otras invenciones, Carlos Cortés, Editorial Costa Rica, San José, 2003, 183 pp.

A flor de tierra, los escritores de Costa Rica dominan los mismos avatares que sus vecinos. Desde hace medio siglo, también ellos pretenden figurar en el catálogo principal de la literatura hispanoamericana. Y lo que es más: también quieren escapar del aislamiento y formar parte de la deriva continental sin dejarse por el camino jirones de singularidad. Entre lo uno y lo otro, malo sería que de ese caudal castizo no pudiéramos extraer lecciones. De hecho, para buscarle las costuras a la creatividad centroamericana, disponemos de ensayos tan atractivos como *La invención de Costa Rica*, una colectánea de artículos que reúne el periodista y poeta costarricense Carlos Cortés, educado en el protocolo arriba citado y dueño de una sólida opción filosófica.

Cortés repica y participa en la procesión literaria de la que nos da cuenta. Al orientar su pesquisa en el orden cronológico, puede mentarnos a familias y valedores, alumnos y maestros. Sabido es —como la heráldica nos enseña— que no hay escudo sin metáforas. Por ello, ascendiendo en la jerarquía simbólica, el autor juega a ser estrellero: del plano literario salta a

la mitología, y desde ahí, tantea la identidad nacional. Por lo demás, los capítulos dedicados a poetas y narradores no se reducen a una lista de cabezas coronadas. También en esas páginas se desencadenan otras materias que interesan a Cortés: los estereotipos que menudean bajo la bóveda nacional y los cuentos que se enriquecen sin mezcla de ortodoxia alguna.

Al sondear este imaginario, el ensayista distingue entre los mitos de integración y los mitos de exclusión. En términos antropológicos, es ésta una de las pautas mejor acreditadas para identificar a una comunidad. A efectos prácticos, la serie de mitos históricos tiene su contraluz en el orden social. Según lamenta Cortés, dicho fabulario ha impedido la reinvenición del pasado local, «sacando el presente de la historia y perpetuándolo en un discurso ahistórico alejado de la necesaria dinámica crítica». Se dirá que alguien comenzó este cambalache. Por lo visto, fue el mismo Colón, en su cuarto viaje, que además fue el último. La escena está documentada. Unos indios de Cariari, en el actual Puerto Limón, lucían pectorales de oro fundido. El Almirante, propenso a la metonimia, confundió la parte con el todo.

Desde entonces, aquella fue la *costa rica*, y nadie tiene necesidad de discutirlo. Ahí sigue la crónica para quien pregunte nuevos datos.

Este país, escribe Cortés, ha sido una *provincia nebulosa* desde 1539, cuando el Rey le encargó a Diego Gutiérrez la conquista de Cartago y Costa Rica, otorgándole de camino dos altas atribuciones. Las de Gobernador y Capitán General, nada menos. En adelante, la identidad fue entendida como petrificación de leyendas. Lo de casi siempre: estatuas primorosamente adornadas, que se alzan en un panteón de correspondencias heroicas, religiosas y sentimentales.

Vienen a demostrarlo, entre otros mitos fundadores, los tres que invocaremos a continuación: el del buen conquistador, el de la Virgen de los Ángeles y el de la Arcadia tropical, que equivale al Valle Central, pero en una edad de oro que el analista identifica con el siglo XVIII. Puesto a completar este sugerente repertorio, Cortés añade a los anteriores el mito del soldado Juan, personaje entre histórico y fantástico. Llamado realmente Juan Santamaría, forma parte del ciclo de la *campana nacional* (1856-1857), o dicho de otra forma: la guerra de fundación de Centroamérica que siguió a la invasión filibustera de William Walker. Gracias a dicha figura –a Juan, se entiende; no al guerrero gringo–, este espectáculo –cabalmente costarricense y, para qué negarlo, con síntomas de congestión– se plantea como la manera más corta de llegar al pasa-

do a partir de asociaciones misteriosas. Un buen negocio simbólico, desde luego.

Por eso, esta vez a la luz de la evidencia histórica, el autor emplea una sólida doctrina para renegar de quimeras como el Trópico áureo. No obstante, particularidad y excepción aún se perfilan como imágenes de consenso. Señas poderosas en este país que dio en llamarse la Suiza centroamericana. En fin, quizá todos, costarricenses o no, somos hijos de lo que hemos soñado. Pero a Cortés le cabe una cautela: si esta excepcionalidad no se deconstruye ideológicamente, sólo sirve para perpetuar la doble falsilla del aislamiento y la diferencia.. «El mito de la democracia natural –escribe–, que se sitúa en un escenario pasado o futuro, expresa el miedo del costarricense al presente. Si el presente escapa de la eternidad –si deja de ser el *eterno presente* para convertirse en el hoy, en el cada día– no hay más remedio que aceptar la historia».

Atlas histórico de la América del Descubrimiento, José María González Ochoa, Acento Editorial, Madrid, 2004, 510 pp.

Si bien se trata acá de un tema trillado por los especialistas, con-

viene prestar atención a las obras que se asoman al mismo asunto resumiendo los principales códigos de lectura. Por lo común, este tipo de entregas llevan la firma de equipos multidisciplinares, lo cual impide juzgarlas en su conjunto sin entrar en la minucia del correspondiente capítulo. Carentes de homogeneidad, tales monografías quedan distribuidas en microtemas que dispersan sin remedio el aparato informativo. Caso bien distinto es el de este *Atlas histórico* que a continuación presentamos. Vaya por delante que se trata de una enciclopedia de sólido y ameno manejo, carente de contraseñas académicas, escrita como un manual de uso juvenil, aplicando la síntesis con entendimiento. Su responsable es el periodista José M^a González Ochoa, cuyos conocimientos en torno a la Historia de América han sido expuestos en otros volúmenes impresos por la misma editorial, como *Quién es quién en la América del Descubrimiento*, *América Hispana 1492-1598* y *Pizarro*.

Ofreciendo un panorama razonable, que reduce cinco siglos a la medida de una crónica breve, González recorta el devenir americano y medita sobre sus encrucijadas más resolutorias. Preguntas y respuestas que desgrana con el auxilio de mapas, ilustraciones,

cuadros, cronologías y fichas librescas. Dado el aparato bibliográfico que maneja, le cabe orientar su relato hacia la digresión y los adornos —¿por qué no, ya que este es un prisma de mil facetas?—, pero lo cierto es que atina en el empeño y franquea los sucesivos umbrales como lo haría un historiador confiado y atento.

Por idéntico rasero podemos medir la forma en que ordena cada episodio. La demarcación es precisa. Por cortesía con los fundadores, comienza en la América precolombina, en cuya órbita circulan los topónimos y las colectividades de rigor: Mesoamérica, el Caribe y el Circuncaribe, las sociedades andinas y los indios más meridionales. A este prelude le sigue el meollo del relato: el encuentro y la conquista, la legitimación jurídica de esta última, la organización colonial y sus instituciones, la cristianización de las Indias y el modo variable en que los aborígenes se vieron afectados por quienes desembarcaron en su orilla.

Claro que un pueblo nunca cambia del todo, por más que su templo se transforme en una ruina o en un sueño. De ahí que el autor salga a la busca de pervivencias indígenas en la sociedad, la vida cotidiana y la creación artística que funcionaron en los virreinos. A manera de elemento agluti-